

EGRESADOS DEL REAL COLEGIO DE MINERÍA EN LOS INICIOS DE LA REVOLUCIÓN DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO. 1810.

Isauro Rionda Arreguín*

RESUMEN

Se funda en 1792 el Real Colegio de Minería o Real Seminario de Minería, o Colegio Metálico; institución que abre sus puertas a los primeros alumnos, el día primero de enero de ese año. Esos egresados del Real Colegio de Minería que en la primera década del siglo XIX trabajaron en la minería guanajuatense fueron: José Antonio Rojas, Casimiro Chowell, Rafael Dávalos, y Ramón Fabié y Mariano Jiménez.

ABSTRACT

The Real Colegio de Minería or Real Seminario de Minería or Colegio Metalico was founded in 1792 and in January the 1st of that year admitted the first students. Several of their graduates during the first decade of the XIX century worked in the mining industry in Guanajuato and were involved in the insurrection movement, among them were: José Antonio Rojas, Casimiro Chowell, Rafael Dávalos, y Ramón Fabié y Mariano Jiménez.

Palabras clave: Minería; Independencia; Egresados.

Key words: Minery; Independence; Graduates.

Durante todo el desarrollo de la etapa virreinal de la Nueva España, ahora México, la extracción y beneficio mine-ro de plata y oro, se habían mantenido bajo los usos y técnicas que venían desde los tiempos del gran florecimiento romano, pasando por la Edad Media y enriqueciéndose en la península ibérica con las aportaciones que allí llevaron los cartagineses, los pueblos invasores bárbaros, judíos y árabes.

Esos métodos pasaron a la Nueva España y perduraron por siglos, habiendo únicamente como innovación muy importante la incorporación del método de la amalgamación con azogue y pequeños adelantos.

Carlos III, el moderno rey de España, que quiso unir a su atrasado reino al desarrollo científico y cultural que tenía casi todo el resto de Europa, fundó varias instituciones de investigación, estudio, preservación y difusión, a fin de elevar el nivel intelectual y científico de sus súbditos.

La minería que se ejecutaba en España y América jaló la atención del monarca, quien mandó a varios jóvenes aplicados a diversos países del continente viejo, donde la explotación minera estaba más adelantada en su tecnificación y por lo tanto en sus productos más ricos. Igualmente fundó en Almaden una escuela de minería y procuró la traducción al

* Investigador del Centro de Investigaciones Humanísticas de la Universidad de Guanajuato.

Recibido: 1 de Febrero de 2001

Aceptado: 20 de Marzo de 2001

castellano de varias obras escritas sobre la materia.

La Nueva España no se quedó atrás en ese intento de modernización de su principal industria: se fundó el Tribunal de Minería, que autónomamente vigilaría, ventilaría y resolvería los asuntos de ese ramo; se promulgan las Ordenanzas de Minería, formando un solo cuerpo normativo al respecto; se creó un Banco de Avío, para refaccionar pecunariamente a esa industria, y se funda en 1792 el Real Colegio de Minería o Real Seminario de Minería, o Colegio Metálico; institución que abre sus puertas a los primeros alumnos, el día primero de enero de ese año.

Ese benemérito colegio, de larga y fructífera vida, pronto llegó a ser el perol donde se cultivaron y desarrollaron las ciencia exactas, y sus resultados humanos luego modificaron e impulsaron la tecnología minera y el florecimiento de ésta.

En el ámbito social y político, de sus aulas salieron cultivados cerebros que con sus conductas particulares se opusieron a la realidad colonial, atrasada, fanática, ignorante, oscurantista, injusta, que imperaba.

Algunos de esos genios locales se desarrollaron y pasaron a las páginas de la historia patria, estando en la ciudad de Guanajuato en ejercicio de sus profesiones, cuando se inició nuestra lucha libertaria en 1810; salvo el caso de uno que radicó en esta ciudad unos años antes de la fecha señalada, pero que sucumbió en el curso de la revolución, defendiendo la causa de los mexicanos.

Esos egresados del Real Colegio de Minería que en la primera década del siglo XIX trabajaron en la minería guanajuatense fueron: José Antonio Rojas, Casimiro Chowell, Rafael Dávalos, y Ramón Fabié y Mariano Jiménez.

El primero de ellos, el enigmático criollo José Antonio Rojas Ladrón de Guevara, nació en la bella ciudad de Puebla de los Angeles, el 17 de

enero del año de 1774; hijo del católico matrimonio formado por Vicente de Rojas y Ana Josefa Ladrón de Guevara. La unión matrimonial se separó y el infante quedó al lado de la madre, quien inclinó al menor durante los primeros diez años de su niñez a dedicarse a “leer, escribir y aprender de coro un sinnúmero de oraciones”.

Doña Ana jaló para México llevándose a su pequeño hijo, quien fué inscrito en las mejores escuelas, donde nada práctico y moderno aprendió; luego pasó al pupilaje de un fraile franciscano, secretario de su provincia religiosa, de cuyo abrigo se escapaba José Antonio para ir a estudiar la lengua latina en el colegio de San Juan de Letrán.

El fraile, digamos su tutor, lo explotaba haciéndolo copiar patentes, licencias, visitas provinciales y otros mamotretos, que aburrían y cansaban al muchacho, quien buscaba tiempo para dedicarse al estudio de las humanidades. Estuvo casi a punto de asistir al colegio de Santiago Tlaltelolco, donde su tío impartía las materias humanísticas, cuando un estúpido le recomendó a su madre que no consintiera que su hijo estudiara, aconsejándola mantenerlo “en la mayor estupidez si quiere conservarlo”.

Entre franciscano y madre, decidieron poner al joven de dependiente en la tienda de un miserable e ignorante gallego; de ahí pasó a servir a la de una vieja tonta y mísera; luego cayó al escritorio de un fiscal, donde durante tres años manejó la pluma de ave y se manchó de tinta, escribiendo constantemente, dándose tiempo para devorar los libros que le interesaban y que estaban en la biblioteca del leguleyo y asistir por las noches a la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos a estudiar matemáticas y leer y traducir obras de poetas latinos clásicos.

Gracias a sus conocimientos de las matemáticas, a los diez y ocho años de edad fué nombrado Contador de Resultas de primera clase del Tribunal de Cuentas, donde estuvo por tres

largos años, lo que le permitió seguir estudiando matemáticas, humanidades y botánica.

Abandonó la carrera burocrática y entró al Real Colegio de Minería, donde principalmente se dedicó al aprendizaje de las ciencias exactas y naturales (AGN, 1357).

En 1798, a propuesta del director del instituto, fueron nombrados ayudantes substitutos entre los alumnos en algunas cátedras, para auxiliar a los maestros como para suplir sus faltas; Rojas quedó nombrado en la materia de química y ayudó a impartirla al sabio peninsular Fausto de Elhuyar y Luis Lindner.

En el año de 1803 fué señalado junto con otros compañeros, como excelente colaborador en las investigaciones que hicieron los célebres físicos y naturalistas Humboldt y Bonpland (Izquierdo, 1958, p. 52, 59, 109).

El intendente de Guanajuato, don Juan Antonio de Riaño y Barcena, hombre moderno, culto, amante del progreso, deseaba actualizar los estudios que se hacían en el Real Colegio de la Purísima Concepción de la ciudad de Guanajuato, regentado en ese entonces, por sacerdotes de San Felipe Neri y que antiguamente, con otro nombre, fué institución de la Compañía de Jesús. Por tal motivo solicitó al Colegio de Minería la creación de una cátedra de matemáticas en el centro educativo lugareño, como el nombramiento de persona calificada que la sustentara.

Rojas cumpliendo los veinticuatro años de existencia presentó oposiciones y resultó maestro en la cátedra de matemáticas del Colegio de la Purísima Concepción de la ciudad de Guanajuato, que regenteaban los miembros de la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri, pero que contaba con el patrocinio y atención del intendente de la provincia guanajuatense, Riaño.

Rojas se trasladó a la ciudad minera e impartió su materia ganada y vivió entre los felipenses. En forma gratuita estableció en el mismo colegio la enseñanza de diseño arquitectónico, perspec-

tiva, botánica, minerología, y el 21 de febrero de 1804 dió principio a unas lecciones privadas de química; cargado con los gastos que originara esta última, los ricos de la localidad (Izquierdo, 1958, p. 120).

Ejerció la medicina, aplicando sus conocimientos en química y botánica, sobre todo entre los menesterosos, que eran muchos; por recomendación y apoyo del intendente brindó asesoría en minas y haciendas de beneficio y en “cuanto pudiese contribuir a aumentar” su ascendente fortuna; así se hizo estimar de toda la población (Lanuza, 1999, p. 47).

El apego al estudio y conocimiento de las ciencias exactas lo llevaron a hacerse un incrédulo de la doctrina católica reinante, sobre todo de los dogmas de fe; un amante del enciclopedismo francés, de la razón, del conocimiento por medio de lo comprobable racional, un materialista y casi un ateo; que además hacía públicos sus pensamientos y creencias al respecto, por lo que pronto se hizo sujeto de la atención de la temida Inquisición.

Sorpresivamente en la noche del tres de mayo de 1804 fué detenido por los agentes de la Inquisición y rápidamente lo condujeron a la ciudad de México y lo encerraron en las lóbregas cárceles del Santo Oficio, donde lo acusaron su señora madre, la señora Catalina García y Rivas, la guanajuatense Josefa Sein y Bustamante, mas conocida por la “Gûera” Bustamante, la señora ensayadora de Guanajuato Mariana Galindo y Torres, el portero del colegio de la Purísima de Guanajuato, los felipenses del mismo, los soldados que lo detuvieron y condujeron a México y varios otros de baja ralea; resultándole 77 cargos; presionándolo a que confesara sus culpas contra la religión.

Después de cinco meses de penoso proceso y cárcel fué sentenciado a la pérdida de todos sus bienes materiales; a impedirle de por vida la enseñanza pública de cualquier ciencia; destierro por veinte años de las ciudades de México, Puebla y Guanajuato, e internarlo por un año en el

colegio de Misioneros de Pachuca, para que se instruyera en los dogmas del catolicismo.

Cumplió su condena en el convento pachuqueño, salió rumbo a la villa de Aguascalientes, donde hizo unos planos de la zona habitada y continuó al Bajío, acompañado de dos mozos que arriaban diez mulas cargadas de su impedimenta. Llegaron hasta Río Verde, desde donde continuó solo caminando rumbo al norte y llegó al país cumbre de Norte América, que conoció, admiró y tomó como ejemplo para vivir todos los pueblos que aspiraban a su libertad (AGN, vol. 1357; González C., 1958. p. 165-180).

Radicando en Estados Unidos, mandó a las autoridades novohispanas y a varios particulares, escritos incendiarios, en los cuales hacía del conocimiento de todos, los injustos e inhumanos procedimientos inquisitoriales que le habían aplicado; contrastando con la felicidad que disfrutaban todos los ocupantes de los Estados Unidos de Norteamérica, gracias a su benigna ley constitucional que los regía; la que debía, decía Rojas, ser copiada por las autoridades y habitantes de estos lares; conteniendo sus escritos ideas que afectaban el sistema político español y sus colonias, así como a la Inquisición.

Años después de haber estallado el movimiento libertario de México, Rojas volvió a su patria y se afilió a la insurgencia en territorio guanajuatense; cayendo prisionero de los realistas fué ejecutado en Silao en el año de 1815 (Espinoza, 1910, p. 257).

Casimiro Chowell, hijo de Pedro Chowell y Pallares y María Ana Josefa Jurado, nació el 4 de mayo del año de 1775 en la capital virreinal, descendiente de mineros del Real de Taxco; a corta edad inició estudios de matemáticas en la academia de San Carlos de la capital novohispana, bajo la dirección del profesor Diego Guadalajara Tello.

El 24 de abril de 1792, por razones particulares, el alumno interno del colegio de Minería Juan María Canel se separó del instituto y el siguiente día 26 el señor Pedro Chowell gestio-

nó que su hijo Casimiro fuera admitido en el colegio como alumno de dotación.

Cuatro días después el director del Colegio de Minería, propone al joven Casimiro Chowell para ocupar el lugar que dejó como alumno Juan Canel; haciendo notar que la capacidad del propuesto y los conocimientos matemáticos que ya tenía, eran superiores a los que tenían los demás estudiantes que ya estaban en aulas y por lo tanto el tiempo transcurrido en los estudios no era inconveniente para su incorporación (Ramírez, 1910, p. 105).

El alto Tribunal de Minería aprueba la propuesta del director y Chowell ingresa al colegio como alumno de dotación, o sea interno, el día 4 de mayo de 1792 (Ramírez, 1910, p. 105); donde hizo muy brillante carrera, interviniendo en varios actos públicos en los exámenes de las materias que fue cursando. Terminó sus estudios en 1797. Luego fue mandado a Guanajuato.

Al año siguiente inició sus prácticas profesionales e hizo un detallado informe sobre las minas de azogue del Durazno, sus hornos, beneficios y sus anexos, situados en la intendencia de Guanajuato. En el año de 1800 hizo su examen profesional con descripción geognóstica del Real de Minas de Guanajuato, con un plano geográfico de su situación y sus cercanías; siendo muy felicitado por tal trabajo.

En 1803, estando el Barón de Humboldt en Guanajuato, recibió de Chowell muy valiosos informes, quien trabajaba en las minas de Villalpando, del mismo distrito. Después, por su capacidad y conocimientos pasó a ser el administrador general de la mina de la Valenciana, donde lo sorprendió el inicio de la revolución de independencia de México (Ramírez, 1910, p. 105, 147, 152, 202).

Rafael Dávalos ingresó a estudiar al Real Colegio Metálico en el curso del año de 1800, donde pronto se hizo sobresaliente, por lo que en 1803 cooperó durante varios meses con Alejandro de Humboldt en sus trabajos de investigación, como haciendo cartas geológicas, al gra-

do que el Barón lo calificó de “joven muy empeñoso y muy instruido en las ciencias físicas” a quien “por su talento y aplicación, rendía público homenaje de reconocimiento” (Ramírez, 1910, p. 193-195).

Terminados sus estudios académicos, en 1805 se le señaló como práctica que interviniera en la instalación que se iba a hacer en la mina de Morán, en Real del Monte, de una bomba de columna de agua que había proyectado su maestro del Río. Estando en ese lugar enfermó y en 1806 fue pasado a Guanajuato a trabajar en sus minas (Ramírez, 1910, p. 198-199).

Como la cátedra de matemáticas que se había abierto en el colegio de la Purísima estaba acéfala, por el encarcelamiento de José Antonio Rojas, su primer titular, se le encargó a Dávalos, desde el 5 de mayo de 1806, donde tuvo alumnos tan sobresalientes como Lucas Alamán uno de los Bustamante y un Septián (Ramírez, 1910, p. 201-202).

Ramón Fabié nació en 1785 en Manila, capital de las Filipinas, y arribó en 1801 a la Nueva España en la nao de la China Rey-Carlos, acompañado por su primo hermano Carlos, del mismo apellido. Ambos venían destinados por el consulado de Manila a estudiar en el Real Colegio de Minería.

Ramón era hijo del doctor Pedro Crisólogo Fabié, abogado de la Real Audiencia de Manila y de Brígida de Jesús (Ramírez, 1910, p. 181-182). Desde luego entró al Colegio de Minería, donde hizo una buena carrera y al terminarla fue enviado en 1808 a las minas de Guanajuato a que practicara al lado de Chowell. En 1810 sustentó su examen profesional y volvió a Guanajuato a prestar sus servicios en la Valenciana.

José Mariano Jiménez nació en la ciudad de San Luis Potosí, el día 17 de agosto de 1781, y fue bautizado dos días después con los nombres de José Mariano Ignacio de Santa Elena. Fueron sus progenitores José Román Jiménez y Josefa Maldonado Zapata.

Siendo aún de pocos años de existencia la familia pasó a radicar a la ciudad de México; ingresó al Colegio de Minería en 1796 y fue un estudiante sobresaliente, terminando sus cursos en 1800 y presentó examen final al siguiente año. Practicó su carrera en Sombrerete y Zacatecas de 1801 a 1803 y desde 1804 por petición del segundo marqués de San Juan de Rayas, pasó a Guanajuato a ejercer en la mina del marqués. En Guanajuato contrajo matrimonio con María Ayala Barreda y procrió prole (Ramírez, 1910, p. 135, 139, 147, 154, 175, 178, 179, 185, 187, 188).

Al llegar a Guanajuato don Miguel Hidalgo y Costilla al frente de su numeroso contingente que lo empezó a seguir desde la congregación de Dolores, se encontró con que coronaban los cerros que circundan esta ciudad gran multitud de mineros, que fundamentalmente trabajaban en las minas de la Valenciana, Cata, Mellado y Rayas, que habían sido excitados a unirse a la revolución por Chowell, Dávalos, Fabié y Jiménez, que también laboraban en esas minas.

Tomada la ciudad de Guanajuato, Hidalgo dispuso que se formaran dos nuevos regimientos de infantería, uno en el mineral de Valenciana, que quedó al mando del administrador de la mina del mismo lugar, Casimiro Chowell, a quien se le otorgó el grado de coronel; como teniente coronel fue designado el otro egresado del Colegio de Minería, Ramón Fabié. El otro regimiento se formó en la ciudad de Guanajuato, bajo el mando como coronel del criollo Bernardo Chico Linares; de teniente coronel del mismo cuerpo fue designado José María Liceaga, confidente de Allende y muy posiblemente lazo de unión entre cabecillas insurgentes y simpatizadores del movimiento que había en Guanajuato (Liceaga, 1985, tomo I, p. 130-131; Castillo Ledón, 1973, tomo I, p. 143-147).

Se creó una instalación para la fundición de cañones, la que se encargó a Rafael Dávalos, al que se le dió el grado de coronel; y los cañones fueron hechos con el cobre de las capellinas de las haciendas de beneficio minero, propiedad de

los españoles, respetándose las de los criollos. Estas capellinas eran unos cilindros de cobre, dentro de los cuales se separaba por evaporación el azogue de la plata, que había sido usado en los patios para la amalgamación (Alamán, 1968, tomo I, p. 287; Bustamante, 1961, tomo I, p. 42-43; Liceaga, 1985).

Los cañones allí hechos resultaron buenos, uno de gran tamaño nombrado "Defensor de América", de grato historial posterior, fue de los mejores; también se hicieron algunos de madera, posiblemente de mezquite, reforzados con anillos de hierro (Alamán, 1968, tomo I, p. 282; Bustamante, 1961, tomo I, p. 42-43; Liceaga, 1985, tomo I, pág. 131).

Por esos días se presentó ante el cura Hidalgo, el potosino, empleado de la mina de Rayas, egresado del Colegio de Minas, don Mariano Jiménez, llamado a realizar un papel prominente en este período de la revolución de independencia, quien fue nombrado coronel del ejército insurgente (Guzmán, 1977, p. 98).

Finalmente el lunes 8 de octubre de 1810 salieron de Guanajuato los insurrectos; a la cabeza iban con rumbo a Valladolid, tres mil hombres mal armados, bajo el mando del novel coronel Mariano Jiménez (Bustamante, 1961, tomo I, p. 50).

Magnífico papel desempeñó Jiménez en todo el siguiente derrotero, distinguiéndose en la batalla del Monte de las Cruces; como embajador de paz para pedir la capitulación de la ciudad de México, y en Aculco, donde fueron derrotados los insurgentes.

Después de tal derrota Ignacio Allende encaminó sus pasos a la ciudad de Guanajuato, siguiéndolo Mariano Jiménez y otros.

El día 13 de noviembre, el intendente, el ayuntamiento y otras autoridades civiles y religiosas de Guanajuato, salieron de la ciudad a recibir a Allende y su contingente. Entraron a la capital, siendo dos mil hombres de caballería, los mas sin armas y algunos cuantos de infante-

ría también desarmados. Hubo repique general y salvas de artillería.

Como la tropa con que se contaba era poca y las armas de fuego apenas llegaban a once fusiles (Arteaga, 1953, p. 204), no le quedaba a Allende otro medio de defensa o ataque que el de la artillería. La fábrica de cañones, a cargo de Dávalos, trabajó con gran celeridad; pronto estuvieron hechos veintidos cañones, que fueron expuestos a la vista del público, quien mostró gran entusiasmo. Se prepararon las cureñas, se hizo parque suficiente y de diversos calibres, y se convocó al pueblo para que transportaran los cañones a puntos que están hacia la entrada de la cañada de Marfil, que era por donde se creía entraría el enemigo.

Un lugar estrecho, escarpado y tortuoso, de la dicha cañada de Marfil, por donde se creyó entraría el enemigo a la ciudad, se sembró con mil quinientos barrenos, que conectados con una sola mecha podían explotar al mismo tiempo y cubrir de rocas y tierra al invasor. Esta labor la dirigió Casimiro Chowell, ayudado por Rafael Dávalos y Ramón Fabié (Alamán, 1968, tomo I, p. 25; Liceaga, 1985, tomo I, p. 149-150).

El domingo 18 de noviembre Ignacio Allende dispuso, que además de reunir gente para su ejército en los lugares cercanos a la ciudad, se tratara de excitar el entusiasmo del pueblo de Guanajuato, haciendo una procesión solemne en la fecha indicada, octava de la festividad del patrocinio de la Virgen de Guanajuato, sacando la imagen a las calles de la ciudad, junto con la hostia consagrada, llevando las andas Juan Aldama, Joaquín Arias, Mariano Abasolo y Mariano Jiménez e Ignacio Allende cargó la cauda del manto de la Virgen (Alamán, 1968, tomo I, p. 26; Liceaga, 1985, tomo I, p. 151; Hernández y Dávalos, 1985, tomo II, p. 396).

El sábado 24 de noviembre de 1810 llegaron los realistas a las goteras de la ciudad de Guanajuato, comandados por Felix María Calleja del Rey, con el afán de rescatarla de manos de los insurgentes.

Siendo las ocho de la mañana, del mismo día, Allende recibió la noticia de que Calleja se dirigía a la primera batería de cañones; por lo que ordenó que inmediatamente marcharan al combate las fuerzas que estaban al mando de Mariano Jiménez, que era el que debía dirigir la defensa.

Calleja dividió su ejército en dos fracciones y cada una caminó por la periferia de la ciudad, y así se evitó el paso por la cañada de entrada que estaba barrenada con mil quinientos dispositivos cargados con pólvora y unidos por una sola mecha, para que cuando los realistas pasasen por el fondo, donde corría el río de la ciudad, se daría fuego y todos los barrenos estallarían y sepultarían bajo rocas y tierra al ejército realista.

Según parece, Calleja tenía conocimiento de dichos barrenos, hechos por Chowell, Dávalos y Fabié, por información secreta que le mandaba tanto a él como al virrey, el regidor alférez real Fernando Pérez Marañón (Alamán, 1968, tomo II, p. 36; Bustamante, 1961, tomo I, p. 85).

Calleja llegó a Valenciana y Flón a los cerros de San Miguel y las Carreras, después de haber tomado varios sitios defendidos por los insurgentes, sobre todo con cañones recién fabricados.

Cuando el pueblo guanajuatense se enteró que los insurgentes habían sido derrotados, y que los realistas venían contra la ciudad, comenzaron a juntarse en grupos amenazantes en las cercanías de la alhóndiga de Granaditas, donde estaban presos algunos cientos de españoles y criollos contrarios a la revolución. Según parece, esta reunión la convocó un platero negro, nombrado Lino; quien salió por las calles invitando al pueblo para ir a matar a los gachupines que estaban en la alhóndiga. Aunque Mariano Jiménez dice en su declaración, que dicha junta y matanza fue promovida por un angloamericano de nombre Guemes (Liceaga, 1985, tomo I, p. 153-154; Pompa, 1984. P. 285).

Allende decidió abandonar la ciudad, dejando a Mariano Jiménez para que sostuviera la defensa mientras los insurgentes escapaban con rumbo a San Felipe.

Flón pasó la noche en el cerro de las Carreras y Calleja en el mineral de Valenciana, donde le entregó a la autoridad del lugar un bando que contenía el indulto a favor de los insurgentes que se mostrasen arrepentidos, para que lo publicara y fijara al día siguiente en los lugares concurridos de la población.

Casimiro Chowell, que se encontraba en Valenciana, y que estaba bien comprometido con los insurrectos, así como los capellanes de ese mineral y otros, que tenían planeado escapar aquella noche, se tranquilizaron al tener conocimiento del indulto y se quedaron en sus sitios, sintiéndose seguros.

Al principiar el amanecer del día 25, Calleja recibió la noticia de la terrible matanza de los españoles en la alhóndiga de Granaditas, por lo que mandó aprehender a Chowell, Fabié y otros.

Apareciendo el sol en su plenitud, Calleja entró a Guanajuato y Mariano Jiménez la abandonó, yéndose con rumbo a San Felipe a unirse a Allende. Calleja ordenó la detención de los simpatizantes de los insurgentes y de todos aquellos que fueron designados por el caudillo para desempeñar algún cargo, o que se significaron por servicios prestados a favor de la independencia. Por lo tanto, fue detenido Rafael Dávalos; quien andaba en la plaza mayor entre los soldados, quienes lo aprehendieron y le ataron los brazos, pero luego decidieron dejarlo en libertad y al estarlo desatando un granadero vió en la vuelta de la manga de su chaqueta un papel que tomó y entregó a su jefe. Este pliego era una cuenta de gastos de la fabricación de cañones que le estaba encomendada, lo que originó su reaprehensión.

Todos los detenidos fueron llevados en cuerda y a pie por el río, que en esa época llevaba agua, hasta la loma de Jalapita, más allá de

Marfil, donde sin abrigo, a la intemperie y sin comer, pasaron la noche.

Al día siguiente, en el cubo interior de la puerta de la alhóndiga, de la calle de Mendizábal, los realistas fusilaron a varios por la espalda, como traidores, entre ellos a Rafael Dávalos.

Corriendo la tarde del día miércoles 28 de noviembre, fueron ejecutados en una horca puesta en la placita que está frente a la puerta principal de la alhóndiga de Granaditas, don Casimiro Chowell y Ramón Fabié.

Los cadáveres de estos mártires no se supo, ni se sabe, donde fueron sepultados, debido a la confusión de esos días.

Mariano Jiménez se juntó a Allende en la villa de San Felipe, y en la cercana hacienda del Molino se desprendió para irse a hacer la reconquista por territorios norteños.

Jiménez llegó a San Luis Potosí el 2 de diciembre, de donde pasó a Charcas y luego a Matehuala, en donde aumentó su ejército muy considerablemente y por medio de una circular a sus subalternos ordenó que todos respetaran la vida y bienes de los peninsulares y les brindaran seguridad.

Continuó su derrotero y llegó a Aguanueva, donde se le unieron varios soldados realistas y luego pasó a Saltillo y Monterrey, de donde volvió a Saltillo a encontrarse con Allende y ejército insurgente, que iban de retirada rumbo al lejano país limítrofe del norte.

Jiménez se unió a la comitiva y al llegar a Acatita de Baján fueron tomados prisioneros por el traidor Ignacio Elizondo.

Ignacio Allende, Joaquín Arias y Mariano Jiménez viajaban en el mismo coche y al ser intimados por Elizondo para que se rindieran, Allende lleno de ira lo trató de traidor y con insolencias a sus captores y disparó contra Elizondo una pistola que portaba, quien esquivó el cuerpo con un movimiento rápido y no resultó herido. Elizondo ordenó a su tropa hacer fuego

contra los del interior del coche, hiriendo mortalmente a Arias e Indalecio Allende, quienes poco después dejaron de existir.

Jiménez de un salto se puso fuera del vehículo y entregándose prisionero solicitó cesara el fuego por considerar inútil toda resistencia.

Los caudillos fueron conducidos a la cercana Monclova y el 26 de marzo de 1811, Hidalgo, Allende, Aldama, Jiménez y algunos más, fueron llevados en medio de sinnúmero de penalidades a la villa de Chihuahua, a donde arribaron el 23 de abril siguiente, con el fin de ser juzgados.

Sentenciados a la pérdida de la vida, el 26 de julio fueron fusilados en la Plaza de los Ejercicios de Chihuahua, Ignacio Allende, Juan Aldama y Mariano Jiménez. Sus cadáveres fueron expuestos al público, después decapitados, sus troncos sepultados en el cementerio público de la villa y sus cabezas remitidas junto con la de Hidalgo a la ciudad de Guanajuato, donde desde el mes de octubre de 1811 fueron suspendidas en jaulas de los cuatro ángulos de la alhóndiga de Granaditas, donde permanecieron hasta el 18 de marzo de 1821; fecha en que con todos los honores fueron bajadas y depositadas en el panteón de San Sebastián de Guanajuato.

En 1823 el congreso nacional declaró beneméritos de la patria a Hidalgo, Allende, Aldama, Jiménez y otros y sus restos mortuorios fueron llevados de la Villa de Chihuahua y la ciudad de Guanajuato a la capital de la república, para ser depositados en la bóveda dedicada a los restos de los pasados virreyes novohispanos, bajo el altar de los Reyes de la catedral de México, donde permanecieron hasta el 30 de julio de 1895, para ser pasados dentro del mismo edificio a la capilla del Señor San José.

El miércoles 16 de septiembre de 1925, nuevamente fueron exhumados los venerables restos de la capilla de San José y llevados con toda solemnidad a la columna de la Independencia, donde permanecen hasta ahora.

REFERENCIAS

- Alamán Lucas. *Historia de México*. México. 1968.
- Archivo General de la Nación. *Inquisición*, volumen 1357, expediente 9.
- Arteaga Benito A. *El héroe olvidado. Rasgos Biográficos de don Ignacio Allende*. México. 1953.
- Bustamante Carlos María de. *Cuadro Histórico de la revolución de independencia de México*. México. 1961.
- Castillo Ledón Luis. *Hidalgo*. México. 1973.
- Espinoza Crispín. *Efemérides guanajuatenses*. Guanajuato, Gto. 1910.
- González Casanova Pablo. *La literatura perseguida en la crisis de la colonia*. El Colegio de México. México. 1958. Págs. 165-180.
- Guzmán Peredo Miguel. *Miguel Hidalgo y la ruta de independencia*. México. 1977.
- Hernández y Dávalos J. E. *Historia de la Guerra de Independencia de México*. México. 1985.
- Izquierdo J. Joaquín. *La primera casa de las ciencias en México*. México. 1958.
- Lanuzza Agustín. *Historia del Colegio del Estado de Guanajuato*, Gto. 1999.
- Liceaga José María de. *Adiciones y rectificaciones a la historia de México*. México. 1985.
- Pompa y Pompa Antonio. *Procesos inquisitorial y militar seguidos a don Miguel Hidalgo y Costilla*. Morelia, Mich. México. 1984.
- Ramírez Santiago. *Efemérides del Colegio de Minería*. México. 1910.

Gavia de Rionda de la Cruz del Pajero del Mineral de Mellado, Guanajuato, Gto. Mes de la Patria del año 2000.